

de la escasamente concurren... Con la particularidad de que, en este caso, es también, al mismo tiempo, un nombre que añadir al de la tampoco muy nutrida canción hecha en castellano. El artista, vocero popular, en que concurren tales circunstancias insólitas, es Amancio Prada, cuyo primer LP, «Vida e morte» (1), aparece ahora en España, después de haber sido editado hace algún tiempo en nuestro país vecino (pero no por ello menos lejano), Francia. Amancio Prada se inscribe en la línea austera y penetrante, de la que Paco Ibáñez nos dio muestras irrefutables ya

hace años: una línea que quizá sepa caracterizar como ninguna otra esa austeridad y ese sentimiento de rabia contenida que tanto el pueblo gallego como el atónito castellano han debido hacer suya, a través de los siglos, a fuerza de hincar los dientes. Nacido en El Bierzo leonés, a caballo entre las dos culturas, entre las dos tierras, Prada participa tanto del abandono a que ha sido sometido ancestralmente el rincón celta, como de la desolación que la amplia meseta ostenta. Y también participa de sus poetas; en su disco y en sus cantos están Celso Emilio Ferreiro y Miguel Hernández, Rosalía de Castro y Luis López Álvarez. Poetas que, como el mismo disco, giran alrededor de la vida y de la muer-



Amancio Prada.

te, entendidos no como términos metafísicos e irreales, sino como encarnación material de los dos polos por los que discurre alternativamente la existencia de un hombre, en medio de un paisaje muy concreto.

Musicalmente, Prada quiere incluir en toda su

labor un decidido resumen de muchos siglos de canción, y si bien en ocasiones resbala por la senda de lo arcaizante, es justo decir que habitualmente supera estas inclinaciones en favor de una presencia actual, omnicompreensiva y polivalente. En este sentido, sus romances medieva-

les o comuneros, sus referencias sonoras renacentistas o románticas quedan proyectadas de cara al presente por una capacidad expresa de hacernos ver la autenticidad de esta canción frente a los maquiavelismos miméticos de tantas experiencias realizadas, con escaso tino, en nuestra muy maltratada «música popular». Su LP, si bien sólo nos da la primera muestra de un largo camino que se adivina — y espera— fructífero, sirve como ejemplo definido de un cantante y un músico enraizado con una realidad muy nuestra. Su próximo trabajo, monográfico sobre la figura poética de Rosalía de Castro, nos habrá de reafirmar en esta creencia. ■ ALVARO FEITO.

dactados en el mismo tono, señalaban la intención del Benavente de alternar las «Historias de Juan de Buenalma» con el «Retablo del flautista», como sucedió cuando el TEI y La Cuadra compartieron el escenario.

A las once de la noche, el vestíbulo del Benavente estaba completo. Evidentemente, era un estreno que interesaba. Después de un período de inactividad, de nuevo contábamos con Los Goliardos, uno de los grupos más combativos y rigurosos de nuestro teatro independiente. Y además, volvían con un título que hicieron en toda España, pero que en Madrid se quedó en sesión única de un Ciclo de Cámara y Ensayo celebrado en el Marquina. Así que el Benavente no sólo estaba lleno, sino que se encontraban allí buena parte de las gentes que cuentan en la vida teatral española.

Se comentaban los textos de los programas. Y hasta un anuncio aparecido en la prensa, donde al título de la obra se había añadido: «si el tiempo no lo impide». ¿De qué tiempo hablaban Los Goliardos? ¿En qué iba a parar esta Velada? ¿Y por qué Velada y no presentación?

Cuando entramos en la sala, el telón estaba corrido. Había en el centro de la escena un practicable, envuelto en su base por la bandera nacional y un austero colgajo navideño. Sonaban en los altavoces músicas regionales. Hasta que salió un actor, con gafas de ciego y una guitarra, y comenzó a cantar sus romances. Hablaba de la época del Emperador, de la Conquista de América, del nacimiento del Quijote y del ignorado Juan de Buenalma. A poco, comenzaron a oírse unas voces, demasiado altas para ser de actores o de maquinistas ociosos. El ciego siguió con su guitarra hasta que fue definitivamente

En el Olympia

LLACH Y PI DE LA SERRA

PARIS.—Después de Menese y de Luis Cilia, antes que Collette Magny y Francisco Montaner, Pi de la Serra y Lluís Llach actuaron en el Olympia, dentro del ciclo Canciones de combate. La sala estaba llena —más que en veces anteriores— y el entusiasmo del público fue comparable al que provocó José Menese quince días antes.

Llach y Pi de la Serra, cada uno en su estilo, demostraron —y así lo reconoce la crítica, desde Le Monde a Liberation—, que en su intento de buscar nuevos caminos a la tan manoseada



canción tradicional se encuentran entre los mejores del momento. Por eso su presentación en París me parece muy restrictiva —¿o qué?: "no existe ninguna 'vedette' 'castellana' (1) que presente el talento, la importancia, la estatura internacional de que gozan en Francia y en el extranjero cantantes catalanes como Raimon (el precursor), Lluís Llach y Pi de la Serra"— se lee en el programa. Lo cual, si fuese tan evidente (Paco Ibáñez es el cantante peninsular más conocido en Francia), no necesitaría ser dicho. Pero las "vedettes" [finlandesas, birmanas o guatemaltecas, ¿están a su altura? Si es cierto que Pi de la Serra pudiera hacer pensar en Brassens (el programa y la crítica insisten en ello, "un Brassens aderezado por Rabelais", escribe Liberation), yo creo que el humor del catalán es más corrosivo, y que su abandono (a veces) de la melodía y del lenguaje "poético" tradicionales le hace más revulstivo que el cantante de Sète. En cuanto a Llach, que progresa de año en año en la imposición de la voz y en hallazgos armónicos, sigue una vía distinta, pero válida también a nivel de eficacia de la canción en el avance de las mentalidades: incorporar elementos universales, tal como hace Caetano Veloso con la música tradicional brasileña, aportando a la masa (porque esto sí que le llega) nuevas estructuras que le puedan hacer ver que otras son arcaicas.

En resumen, esta doble presentación en París demuestra que existen pocas "vedettes" consagradas por el tinglado del espectáculo que tengan la calidad de Pi de la Serra o de Lluís Llach. ■ RAMON CHAO. Fotos: MARULL.

(1) Entrecorrido en el original.

TEATRO

Una velada goliarda en el Benavente

La invitación, en cartulina de color de pergamino, decía: «Los señores de Sanz y Collado tienen el honor de invitar a usted a la velada teatral, en que se representará la comedia "Historias de Juan de Buenalma", con motivo de la presentación en Sociedad y puesta de largo de sus hijos adoptivos "Los Goliardos" al cumplirse los diez años de su ajetreada existencia. El acto tendrá lugar en el Salón Azul del Teatro Benavente, donde los felices debutantes serán introducidos por nuestro internacionalmente reputado "play-boy" y hombre de Letras Don Lope de Rueda». Luego, los carteles, re-